

manecieran inmutables, y algunos incluso en vías de atrofia. Este ser se encontraría en trance de convertirse en un monstruo, y evitar que el progreso humano degenera en cualquier forma de monstruosidad es uno de los retos que ha de afrontar el siglo XXI" (pág. 393).

Una importante y bien seleccionada bibliografía completa este sugerente estudio y permite a los lectores interesados profundizar distintos aspectos de la misma temática.

De la ágil y amena lectura de la obra surge, sin lugar a dudas, que el autor ha logrado su objetivo: "que aquellas personas a cuyas manos vayan a llegar estas páginas participen de la misma inquietud y del mismo deseo de hacer preguntas que a mí me han movido" (pág. 10).

FLORENCIO HUBEŇÁK

### **LA AGONÍA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO OCCIDENTAL. Dunn, John. Madrid, Cambridge Univ. Press, 1996, 227 págs.**

Como universitarios recibimos con satisfacción este emprendimiento de la prestigiosa Universidad de Cambridge de facilitar ediciones en castellano de algunas de sus importantes publicaciones.

En este caso se trata de un interesante ensayo del conocido "politicólogo" John Dunn, integrante del King's College y profesor de Ciencia Política en la citada Universidad, escrito en 1978 y reeditado en 1993.

En primer lugar cabe una referencia especial al peculiar estilo, poco convencional, del autor en el tratamiento de una temática vinculada a la filosofía política.

Ya en el prólogo aclara cuál ha sido la pregunta que motivó su trabajo: "¿hasta qué punto una determinada gama de creencias –las concepciones de la política que se han desarrollado en el mundo occidental a lo largo de los dos últimos milenios y medio– ha permitido a quienes las sustentaban entender el mundo en el que vivían y el futuro que tenían por delante?" (p. IX). Con un notable conocimiento de los "clásicos" –especialmente anglosajones– y una actualizada bibliografía, comienza interrogándose sobre la teoría democrática, rastreándola a partir de los griegos, para aceptar que "existen todavía muchos exponentes de la opinión según la cual la democracia capitalista, no sólo es la única democracia que hasta ahora tenemos, sino que es también la mejor democracia que probablemente tengamos nunca, y más aun: que seamos capaces de conservar durante algún tiempo" (pág. 37). Sobre el particular agrega que "necesitamos una teoría sobre la forma en que podamos ejercer el control menos malo posible de los gobiernos de los Estados modernos" (pág. 44).

Al referirse al liberalismo acentúa que es un tema "mucho menos delimitado que el de la teoría democrática" (pág. 46), como asimismo sumamente impreciso, agravando, de este modo, el tratamiento de la cuestión.

Respecto al nacionalismo, el autor lo adjetiva categóricamente –pero poco “científicamente”– como “la vergüenza política más completa del siglo XX, el baldón más calado de la historia política del mundo desde el año 1900...” (pág. 90), agregando no menos sustantivamente que “es simplemente una versión de la política farisaica del relativismo ético” (pág. 100). Ello no obsta a que termine aceptando que –pese a la globalización– “la especie no ha concebido aún una forma práctica con la que trascender el Estado-nación” (pág. 104).

Tras sus consideraciones sobre la teoría democrática como teoría política normativa e irreflexiva y del liberalismo como normativo reflexivo se interroga sobre la Revolución, como “mundo rescatado de los traumas del capitalismo” (pág. 136), con reflexiones basadas en gran medida en la obra de Karl Marx.

Nos parecen de especial interés sus consideraciones conclusivas: “Pero si el futuro ante el que nos hallamos no está, para bien o para mal, garantizado de este modo, es urgente que identifiquemos más claramente la gama de posibilidades reales que ofrece. La mayor parte de la población actual del mundo no vive en sociedades capitalistas avanzadas. Es evidente que en las sociedades capitalistas avanzadas la mayoría de sus ciudadanos tienen mucho más que perder que sus cadenas. Pero quienes viven en uno y en otro mundo siguen teniendo, posiblemente, un mundo que ganar” (pág. 191).

Para el autor “no cabe duda alguna de que la república liberal burguesa constituye en la mayoría de los casos una acusada mejora sobre la gran mayoría de los restantes modelos políticos existentes” (pág. 203).

A manera de conclusión podemos advertir que Dunn nos aporta un ensayo muy interrogativo, interpretativo –de “formulaciones atrevidas”– y por su estilo en general de difícil lectura para quienes estamos acostumbrados a “leer de corrido”.

Su análisis hipercrítico concluye de una manera poco alentadora, pero muy pragmática, al señalar que “es un hecho palmario que hoy no sabemos lo que estamos haciendo. Pero sabemos bastante de lo que ya hemos hecho como para comprender que sería imperdonable que no hiciéramos ahora, colectivamente, todo lo que podamos para averiguarlo a tiempo” (pág. 218).

Pero, por otra parte, observa que escribió su ensayo para darse la respuesta a sí mismo, subrayando que “la respuesta es desalentadoramente indefinida, pero no es abyectamente descorazonadora” (p. XII) o –en el mismo tono del autor– más de doscientas páginas para alentar al lector –pero como Prometeo– a re-comenzar la marcha.

FLORENCIO HUBEÑAK